

FASCISMO EN AMÉRICA LATINA: LA PERSPECTIVA ITALIANA (1922-1943)*

Franco Savarino **

Resumen. Para abordar el fenómeno fascista en América Latina es imprescindible investigar sus relaciones con el modelo original italiano y el impacto de la política de Italia en la región. El primer objetivo es poner al descubierto las muchas ambigüedades, incertidumbres y lecturas equivocadas que ocurrieron en ambos sentidos durante esa época, en particular desde el lado italiano. Así se llega a dibujar un mapa de encuentros y (sobre todo) desencuentros que matizan la influencia y "difusión" del fascismo de origen italiano en Latinoamérica, abarcando entre otros aspectos algunos elementos culturales e ideológicos. Se detectan así los límites de expresión y propagación de un fascismo verdadero con respecto a otros fenómenos "nativos" de América Latina como las dictaduras y algunos movimientos políticos nacionalistas y a marcar así un ámbito más preciso de utilización de la categoría "fascismo" en la región. Además es importante apuntar a la geopolítica de Italia en América Latina -tema casi desconocido en las investigaciones- y ponerla en relación con la actividad de los demás países interesados en la región. La geopolítica italiana es la de una potencia mediana que tiene sus principales intereses en otras áreas, pero considera a Latinoamérica como un sector importante para implementar algunos proyectos como la colonización, el comercio, el abastecimiento de recursos estratégicos y el apoyo solidario "latino" a la política de expansión imperial de los años treinta.

Palabras clave: Fascismo; Populismo; Italia; América Latina; Geopolítica.

FASCISM IN LATIN AMERICA: THE ITALIAN PERSPECTIVE (1922-1943)

Abstract. In order to approach the Fascist phenomenon in Latin America, it is essential to investigate its relationship with the original Italian model and the impact of Italian policy in the region. The first objective is to expose the many ambiguities, uncertainties and incorrect interpretations that took place in both directions during that period, particularly on the Italian side. We thus arrive at a picture of converging and (above all) diverging points that compose the influence

* Artigo recebido em 30 de outubro de 2009 e aprovado em 16 de novembro de 2009.

** Pesquisador da Escuela Nacional de Antropología e Historia (México). francosavarino@gmail.com

and “diffusion” of Italian-based Fascism in Latin America, comprising certain cultural and ideological aspects, among others. The limits of expression and dissemination of a true Fascism are thus detected with regard to other phenomena “native” to Latin America, such as dictatorships and certain nationalist political movements, demarcating a more precise scope of the use of the category “Fascism” in the region. Moreover, it is important to point out the geopolitics of Italy in Latin America – an almost unknown theme in investigations – and place it with regard to the activities of other countries interested in the region. Italian geopolitics is that of a medium power that has its main interests in other areas, but regards Latin America as an important sector in which to implement projects such as colonization, trade, providing strategic resources, and solidary “Latin” support to the imperial expansion policy of the 1930s.

Keywords: Fascism; Populism; Italy; Latin America; Geopolitics.

O FASCISMO NA AMÉRICA LATINA: A PERSPECTIVA ITALIANA (1922-1943)

Resumo. Para abordar o fenômeno fascista na América Latina é imprescindível pesquisar sobre suas relações com o modelo original italiano e o impacto da política italiana na região. O primeiro objetivo é pôr em evidência as muitas ambiguidades, incertezas e leituras erradas que aconteceram em ambos os sentidos durante aquela época, principalmente do lado italiano. Assim, desenha-se um mapa de encontros e (especialmente) desencontros que matizam a influência e “difusão” do fascismo de origem italiana na América Latina abarcando, entre outros aspectos, alguns elementos culturais e ideológicos. Por tanto, detectam-se os limites de expressão e propagação de um fascismo verdadeiro em relação a outros fenômenos “nativos” da América Latina, tais como as ditaduras e alguns movimentos nacionalistas, definindo um âmbito mais preciso para a utilização da categoria “fascismo” na região. Aliás, é importante destacar a geopolítica da Itália na América Latina – tema praticamente desconhecido nas pesquisas – e salienta-la em relação com a atividade de outros países interessados na região. A geopolítica italiana é a de uma potência média que tem seus principais interesses em outras áreas, mas considera a América Latina como uma esfera importante para pôr em marcha alguns projetos como colonização, comércio, abastecimento de recursos estratégicos e para obter o apoio solidário latino com a política de expansão imperial dos anos trinta.

Palavras-chave: Fascismo; Populismo; Itália; América Latina; Geopolítica

INTRODUCCIÓN. FASCISMO: DEFINICIONES Y MODELOS

El tema del fascismo sigue teniendo hoy una notable popularidad, no solamente entre los científicos sociales sino en un público más amplio, hecho que se manifiesta en el gran número de estudios, libros de divulgación, novelas, documentales y películas que aparecen cada año. ¿Por qué este interés? Hay varias razones que explican esta persistente atracción del mundo académico y del público en general. Primero, el fascismo es el fenómeno político tal vez menos comprendido del siglo XX. En palabras de Emilio Gentile «el fascismo aún parece un objeto misterioso e huidizo del intento de una clara y racional definición histórica» (2004, p. 15). Por lo mismo, se suscita curiosidad e interés por comprender algo que, al haberse extinguido en sus formas clásicas, hoy no resulta fácil de entender, oculto tras la “leyenda negra” originada por los sucesos alrededor de la Segunda Guerra Mundial. Segundo, tuvo una gran influencia y ha dejado una importante herencia en la política contemporánea, pues el fascismo ha sido una vía a la modernización, una introspección de la modernidad (con la propuesta de una “modernidad alternativa”), un campo experimental temprano post-liberal de estado social, un vehículo de movilización política de las masas, un promotor de la primacía de los elementos visuales, emocionales, simbólicos y míticos en la acción política, una ideología que privilegiaba la geopolítica y que constituye una etapa importante en la evolución del pensamiento occidental. Tercero, aunque haya desaparecido en sus formas clásicas a mediados del siglo XX, sigue existiendo en la forma de “neofascismo” (con importantes diferencias y novedades), y se observa que sigue ejerciendo cierta fascinación en las nuevas generaciones (por motivos racionales y estético-emocionales, como elemento de transgresión a las normas establecidas y como alternativa político-cultural al “Sistema”). Cuarto, es un fenómeno central para pensar la modernidad, pues fue (y es) una respuesta a problemáticas específicamente modernas y en sí mismo una vía posible de modernización. Quinto, en una coyuntura post-ideológica, de “pensamiento único” o “pensamiento débil”, donde el “menú” de ideas que circulan se antoja escaso y decepcionante, se indaga con curiosidad entre las ideologías del siglo pasado, quizás buscando alguna respuesta o inspiración (por ejemplo la regulación estatal de la economía, la “lucha de civilizaciones”, la mitología política movilizadora, el poder político de los símbolos, el liderazgo carismático, etc.). Por último, se suele atribuir (en general erróneamente) características “fascistas” a fenómenos y personajes políticos contemporáneos de muy

diversa índole, dando por sentado que el fascismo en sus formas clásicas todavía existe o pudiera aparecer de nuevo.¹

Frente a este interés generalizado, nos vemos obligados a preguntarnos ¿Qué es el fascismo? y ¿cómo se coloca en la historia política y en el campo político? Para definir el fascismo hay que tomar en cuenta diversos problemas interpretativos y considerar varias posibilidades. Ante todo se puede constatar que existe una gran confusión, que lleva a cometer muchos errores. Inflación semántica, uso polémico y despectivo de la palabra “fascismo” como adjetivo más que sustantivo. Falta de perspectiva histórica, confusión entre las diversas variantes (especialmente entre nacionalsocialismo alemán y los otros modelos) y entre fascismo clásico y “neofascismo”. Además, incertidumbre entre Interpretaciones demasiado extensivas o demasiado restrictivas del fenómeno fascista (SAVARINO, 2005).²

La clasificación en el campo político es especialmente problemática. Según el muy socorrido esquema derecha-izquierda, el fascismo se colocaría en algún punto “a la derecha” del comunismo, del socialismo clásico y del anarquismo. Según Bobbio y otros autores (coincidiendo con una *Vulgata* persistente), por ser contrario a la idea de “igualdad” (a la cual opondría la de “jerarquía”), el fascismo debería estar en la derecha. Sin embargo esta interpretación es equívoca. El factor fundamental para justificar la presencia del fascismo en la derecha, la idea de “igualdad”, necesita ser contextualizado históricamente, pues para el momento en que nació el fascismo había perdido en gran medida su relevancia en la definición de las fuerzas políticas, entonces contaba más el antagonismo entre “clase” y “nación” y las dialécticas entre comunidad e individuo, y entre materialidad y espiritualidad. Además colocar el fascismo, que es modernizador y derivado del socialismo, junto con fuerzas conservadoras, religiosas tradicionales o liberales, conduce a perder de vista el carácter específico de este fenómeno político y aceptar identificaciones falsas. Finalmente, el énfasis excesivo y exclusivo en la dualidad derecha-izquierda puede oscurecer (por simplificador y reduccionista) más que aclarar la disposición de las fuerzas en el campo político.

¹ Se aplicó recientemente el calificativo “fascista” a personajes tan distintos como George Bush, Felipe Calderón, Hugo Chávez, Silvio Berlusconi y Mahmoud Ahmadinejad. Es bastante común que se aplique genéricamente a líderes más o menos autoritarios y populistas.

² Una discusión amplia sobre los usos de la palabra en James Gregor (2006).

Diversos investigadores del fenómeno colocan claramente el fascismo en una genealogía desde la izquierda (De Felice, Sternhell, Settembrini, Gregor) o desde todo el espectro político (Eugen Weber), teniendo en cuenta la genealogía remota del fenómeno desde la Revolución francesa (MOSSE, 1989).³ El resultado, tomando en cuenta el viraje a la derecha que se produce en los primeros años, es que el fascismo se coloca en una posición *cétrica* del espectro político, al mostrar un carácter “de convergencia”, “sintético” o “sincrético” con respecto a la díada (Gentile, Eatwell y otros).⁴ Por su lado, los fascistas generalmente preferían considerarse por fuera o por encima de esta clasificación, es decir ni de derecha, ni de izquierda, y es preciso tomar en cuenta también esta auto-identificación.

Sería imposible hacer aquí un resumen de las diversas interpretaciones históricas, sociológicas, psicológicas, políticas y culturales sobre el fenómeno fascista. Resúmenes y antologías recientes han sido publicadas por Roger Griffin (1998), Ugelvik Larsen (2001), Alessandro Campi (2003) y Constantin Jordachi (2009).⁵ Como ejemplo de la gran variedad de interpretaciones que se han dado sobre el fascismo, se pueden citar: Benedetto Croce (f. = “paréntesis” o extravío moral en la historia europea); Ernest Nolte (f. = anticomunismo; reacción contra el marxismo); Seymour Lipset y Renzo De Felice (f. = revolución de la clase media); Norberto Bobbio (f.=radicalismo de la derecha anti-egalitaria); George Mosse (f.=nueva política moderna); James Gregor (f.=dictadura nacionalista de desarrollo); Emilio Gentile (f.=revolución antropológica para crear un hombre nuevo; “religión política”); Roger Griffin (f.=ultranacionalismo palingenésico); Ugelvik Larsen (f.=expresión emergente de una época en relación a la dialéctica modernización-liberalismo). Como se ve, en esta muestra un tanto arbitraria y parcial se puede apreciar una gran variedad de enfoques y líneas interpretativas, en algunos casos incompatibles entre sí.

³ En este y en otros trabajos, Mosse muestra convincentemente que el fascismo es descendiente legítimo de la revolución francesa, aun si es crítico de algunos de los postulados de ésta que provienen de la Ilustración.

⁴ Eatwell señala en particular la habilidad “sincrética” del fascismo de «ser interpretado de manera diferente por grupos diferentes: [el fascismo] podía apelar a quienes buscaban una forma de renacimiento colectivo y a aquellos que tenían preocupaciones esencialmente individualistas» (EATWELL, 1996).

⁵ Resultan todavía útiles los balances y resúmenes clásicos de Renzo De Felice (1970) y George Mosse (1979).

Sin embargo las interpretaciones del fascismo han conocido una evolución reconocible a través del tiempo. En las últimas décadas han perdido progresivamente centralidad cuestiones como la clase social (fascismo=mobilización o revolución de las clases medias), las peculiaridades nacionales (fascismo=revancha de países humillados o ambiciosos), la psicología (f.=expresión de una tendencia autoritaria), la oposición política a las fuerzas de izquierda (fascismo=anticomunismo) o la relación con el modelo económico (fascismo=dictadura la burguesía o fascismo=corporativismo). Esta mutación le debe mucho a la pérdida de influencia del marxismo y al tránsito hacia el horizonte posmoderno. Así, al comienzo del siglo XXI, se presta en general más atención a la ideología, la cultura, la morfología institucional y la geopolítica. Además de que se toma finalmente en serio la ideología fascista (reconociendo su coherencia y nivel de propuesta, y tomando en cuenta la auto-identificación de los propios fascistas), se reconoce el impulso positivo del fascismo en términos de solución de problemas, promoción de valores y visión utópica, y se explora mejor su difusión en contextos no-europeos. Gracias al enfoque en la cultura, se indaga con más profundidad sobre la autopercepción mediante una "empatía" que «es crucial para entender como la gente vio el movimiento, algo que no puede ser ignorado o evaluado meramente en retrospectiva» (MOSSE, 1999, p. x).

Sobre esta base Griffin (2002) señala que hay un "*nuevo consenso*", aunque no todos los investigadores están de acuerdo (Mann, Paxton, Bosworth). Quizás existen hoy varios "consensos", el ideológico-culturalista (Mosse, Sternhell, Griffin, Gentile) al lado del histórico-sociológico (Gregor, Mann) y del histórico-político (Eatwell, Paxton), aunque es el *culturalista* que parece predominante en la actualidad.

¿Cómo orientarse, pues, en este laberinto interpretativo? Para abordar el fenómeno es necesario asumir que el fascismo no fue solamente el fenómeno italiano con este nombre (De Felice). Hay que aceptar en cierta medida que fue un fenómeno epocal y extendido con amplias variaciones en Europa y en otras regiones.

En esta óptica es importante relacionar el fascismo con las *crisis estructurales y coyunturales* de las primeras décadas del siglo XX. Teniendo la *Primera guerra mundial* como evento central que expresa, revela y

profundiza la crisis.⁶ Más en general hay que relacionar el fascismo con *fenómenos de cambio* más amplios como la modernización, los cambios sociales y las transformaciones culturales en el ámbito de la modernidad. Lipset, Incisa di Camerana, Larsen y otros han señalado muy bien como el fascismo se propaga en relación a crisis sociales, políticas, económicas y culturales que afectan la estabilidad de los sistemas, dividen la sociedad, crean anomia, ansiedad e incertidumbre, y propician así la búsqueda de soluciones radicales. El fascismo no es solamente el resultado de un "balance entre liberalismo y modernización" (Larsen) sino el precipitado de una *modernización alternativa* (Gregor, Gentile, Tarchi, Eatwell, Griffin) con un conjunto muy específico de valores, ideas, metas y proyectos, que busca superar y trascender al liberalismo y evitar la caída en el bolchevismo. La "receta" fascista opone al individualismo la comunidad, a las clases en lucha la unidad nacional, a la "plutocracia" el corporativismo, al parlamentarismo degenerado la expresión directa del pueblo, al materialismo el "espíritu", a la decadencia la vitalidad, a la trivialidad cotidiana el heroísmo, al desorden de la entropía un nuevo orden jerárquico, a la casualidad el destino.

En estos términos se puede ver el Fascismo, en general, como *resultado y respuesta a problemáticas socio-culturales de la modernidad*. Una respuesta global fundamentada en la política, la geopolítica, la cultura y la estética, más que en la organización jurídica y económica. Así la *cultura* (en el sentido antropológico de Clifford Geertz) se vuelve el terreno privilegiado para detectar y explorar la fenomenología fascista.

Los investigadores que más apoyan una perspectiva "culturalista" son: Zeev Sternhell (1994), George Mosse (1999), Emilio Gentile (2002) y Roger Griffin (1991) (con diferentes matices y detalles interpretativos). Gregor por su lado, aunque mantiene una perspectiva histórico-sociológica, es también muy sensible a los factores culturales e ideológicos (2005). Sobre estos autores se fundamenta mi interpretación del fenómeno.

En esta línea, el fascismo sería una *revolución cultural o antropológica*, con características *sui generis*, especialmente el eclecticismo y el esteticismo, que apunta a perfeccionar, reorientar y acelerar la dinámica

⁶ En general sería recomendable desplazar el punto de observación del fascismo desde la Segunda a la Primera guerra mundial, es decir desde su fin a su nacimiento. Muchos errores y sesgos interpretativos derivan de la adopción de este punto visual, por ejemplo el acercamiento excesivo del fascismo italiano con el nacionalsocialismo alemán, hasta confundirlos en la expresión genérica de "nazifascismo".

de la modernidad. Central es la propuesta fascista de crear un "hombre nuevo" y darle un nuevo impulso a la Civilización, sacándola de una trayectoria de *decadencia*. Este "hombre nuevo" liberado de las ataduras del materialismo se integra más profundamente en una *comunidad nacional*, compacta y unida contra las tendencias disgregantes, entrópicas y decadentes. En términos políticos, los fascistas buscan crear un estado fuerte, incluyente, activo y dotado de una dimensión "ética" y pedagógica. En términos geopolíticos –amén de elevar el rango y el prestigio del estado nacional- buscan crear o sumarse a un "*nuevo orden*" mundial con el liderazgo de las potencias emergentes más dinámicas en el marco de un replanteamiento de la relación entre Europa y el resto del mundo (Medio y Extremo Oriente, Sur de Asia, América) a través de la competición y la guerra.

El fascismo así es la respuesta político-cultural más novedosa a los múltiples cambios y desafíos que ocurren entre 1900 y 1930 en el marco de las mutaciones que afectan el mundo moderno. Más concretamente: crisis de la Civilización occidental, avance de las ciencias antropológicas y sociológicas, problemas de individualismo y atomismo social, lucha de clases, pérdida de influencia y centralidad de Europa, rebelión generacional, avance de la clase media, vanguardias artísticas e intelectuales, efectos de la guerra mundial, respuesta crítica al bolchevismo ruso y búsqueda de una "tercera vía".

El lugar de condensación primario del fenómeno fascista es Italia, que desde 1919 adquiere un rol paradigmático al desarrollar la primera revolución de tipo fascista. En palabras de James Gregor:

El fascismo de Mussolini ha representado el caso ejemplar. El fascismo italiano ha sido el arquetipo de los sistemas revolucionarios, reactivos, de masas, evolutivos, nacionalistas, dominados por un partido único, carismáticos, antidemocráticos, populistas, elitistas, ideocráticos y militaristas que han caracterizado en siglo XX (GREGOR, 2003, p. 77).

Con el ejemplo de Italia el fascismo "precipita" en condensados peculiares en diversos países, generando movimientos que en algunos casos transitan a regímenes, o bien fuertes inspiraciones en movimientos y regímenes dictatoriales por absorción selectiva y mimesis (fascistización y "fascismo desde arriba"). Incluso movimientos y regímenes comunistas

adquieren rasgos fascistizantes en forma de socialismos nacionales (URSS, comunismo chino).⁷

La primacía de Italia en el génesis del f. no contradice la idea de un fascismo como expresión o “propiedad emergente” de una época (Larsen), o como fórmula de modernización nacional (Gregor) sino que la integra en un binomio dialéctico Italia-fascismos. Volveré más adelante sobre esta relación entre fenomenología epocal y ejemplaridad del modelo original.

Pasando al tema de la ideología, es preciso abordar la cuestión de sus contenidos y características específicas. Aunque las “listas” de elementos sean inadecuadas para una completa descripción del fenómeno, ayudan bastante para circunscribir el espacio de aplicación del concepto. Según las propuestas de Payne, Gentile y otros autores, el fascismo está caracterizado por unos cuantos *elementos característicos*:

A – partido-milicia;

B – jefatura carismática de un líder;

C – uso de la violencia en la lucha política (y valoración positiva de la violencia) con un objetivo revolucionario;

D – ideología socialista-nacional, comunitarista, ecléctica, flexible en la praxis;

E – colocación incierta (central o trascendental) en el espectro derecha-izquierda;

F – una fuerte tendencia modernista integrada en una búsqueda de inspiración en el pasado y en sugerencias mítico-“espirituales”.

Es posible que no todos estos elementos aparezcan en un “fascismo” determinado, con lo cual se vuelve imprescindible la discusión sobre lo esencial y lo accesorio para decidir la inclusión en la categoría. Las *ideas centrales* del fascismo pueden ayudar en la clasificación. Aquí se listan algunas de las más importantes, sin jerarquía entre ellas:

- a. *Comunidad* entendida como nación, estirpe o “raza” (unión, purificación y fortalecimiento de ella);
- b. *Civilización* (objetivo de “elevar” el estatus de la Civilización);

⁷ En sí el fascismo clásico puede ser definido también “socialismo nacional”.

- c. *Decadencia/renacimiento* (revertir una trayectoria decadente con una palingenesia);
- d. *Juventud / vida* (vitalismo juvenilista);
- e. *Revolución/voluntad* (concepto dinámico, activista, violento y voluntarista de la acción política);
- f. *Jerarquía* (escala de valores jerárquicos en una sociedad orgánica);
- g. *Tiempo* (durabilidad en el tiempo de las realizaciones humanas; eterno retorno);
- h. *Belleza* (concepto estético de la vida);
- i. *Espiritualidad* (religión política; antimaterialismo);
- j. *Nuevo Orden* (búsqueda de un nuevo ordenamiento geopolítico mundial).

Como señala Eatwell (2001), las ideas del fascismo están dispuestas en *círculos concéntricos* alrededor de algunas ideas-pivote, con otras a su alrededor que se solapan con otras ideologías. El límite entre ideologías es difuminado y esto es aun más verdadero para una ideología de convergencia o de "síntesis" como el fascismo. Además éste al estar en el "centro" del espectro político, colindaría a la izquierda con el socialismo clásico, el comunismo y el anarquismo, y a la derecha con el liberalismo, el conservadurismo y el nacionalismo. Este tipo de colocación ayuda mucho para entender los solapamientos, las hibridaciones, la copresencia y los desplazamientos del fascismo hacia y desde su derecha y hacia y desde su izquierda.

FASCISMOS FUERA DE EUROPA.

El fascismo fue un fenómeno ante todo y primero *europeo*, originario de Europa occidental. Se expresó en diversos movimientos y algunos regímenes políticos. Regímenes: Italia (fascismo), Alemania (nacionalsocialismo). Los movimientos más importantes o emblemáticos fueron: la Falange española (España), la Guardia de Hierro (Rumania), la Unión Británica de Fascistas (Inglaterra), las Cruces Flechadas (Hungría), los Ustasha (Croacia) y el Partido Popular Francés (Francia).

Este reconocimiento a Europa como “cuna del fascismo” no se debe solamente a un sesgo etnocéntrico. Efectivamente fue en Europa donde el fenómeno fascista se manifestó más temprano y con mayor fuerza. Además hay que considerar el papel “central” que desempeña Europa en general durante el proceso de la modernización mundial. El fascismo nace en Europa igual que las demás ideologías políticas modernas: liberalismo, anarquismo y socialismo.

Dicho esto, es posible mirar hacia las manifestaciones no-europeas del fascismo en parte como producto de la *influencia europea* en todos los campos del pensamiento y la práctica política.

Pero la simple difusión (el difusionismo) no parece una buena forma de entender las particularidades del fascismo extraeuropeo. Es necesario agregar otras variables.

Una de éstas es el *carácter no-internacionalista* de la ideología y la fenomenología política del fascismo, que descansa en las ideas de *nación* y de *estirpe*.⁸ Estas son naturalmente polimórficas y contradictorias en términos de identidades, intereses y aspiraciones, lo que lleva el fascismo a –a diferencia del socialismo clásico y del comunismo– a carecer de vocación internacional. O mejor, el fascismo puede manifestar tendencias internacionalistas solamente en la medida que los objetivos nacionales y étnicos se conyugan con otras tareas: elevar el estatus de la “Civilización” (Occidental) y luchar contra los enemigos de ésta (bolchevismo, liberalismo, individualismo, cosmopolitismo) y, en general, contra la “decadencia” (que es un concepto axial para todos los fascismos). Cada fascismo expresa, de hecho, un impulso de su propia realidad nacional, surge –por así decirlo– de cada contexto con características peculiares y únicas, y sólo secundariamente se enlaza con la fenomenología ideológica y política mundial.

Justo es decir que la no-internacionalidad de las metas nacionales y étnicas es atemperada por la universalidad del fenómeno nacional y del dato étnico, y por la universalidad de las tareas de revertir la decadencia, reforzar las comunidades, eliminar el “peligro” bolchevique, superar el liberalismo y crear un nuevo orden político, social, moral y filosófico.

⁸ El fascismo deriva de su componente nacionalista su carácter no-internacionalista. Por definición no existe (o es paradójico) un “internacionalismo nacionalista”, al ser cada nación empeñada en alcanzar un destino único y exclusivo. Sin embargo el fascismo tiene también una “apertura” hacia el internacionalismo que deriva de su fuerte componente socialista.

Con estas salvedades, sí se puede hablar de “internacionalismo fascista” (especialmente en los años veinte), y sí se pueden detectar intentos de buscar lazos y sinergias entre los movimientos fascistas internacionales y, después de la gran crisis del capitalismo de 1929, pregonar un “fascismo universal” como respuesta y modelo válido en todo el orbe (como lo hicieron los CAURs y algunos intelectuales italianos en la década de los años treinta) (CUZZI, 2005).

Sin embargo todos los intentos de unir los esfuerzos de los movimientos y regímenes de tipo fascista se subordinan al principio de los *intereses nacionales*, un principio que genera lógicamente contradicciones y competencias. Además el fascismo se mueve en un *esquema jerárquico*, donde siempre habrá movimientos, personajes y países superiores y “directores”, a los cuales deberían subordinarse los demás. Todo esto dificulta entre los fascismos la solidaridad espontánea con consecuencias políticas, como la que existió entre los movimientos socialistas y comunistas mundiales que favoreció la formación y actividad de la *Komintern* en el período de entreguerras. Sí existieron minorías de “internacionalistas” especialmente en Italia, pero éstas nunca tuvieron una hegemonía dentro del movimiento y del régimen. La tensión dinámica entre particularismo y universalismo es característica de la ideología fascista, y puede que haya sido una de las debilidades fatales del fascismo histórico.

Considerando esta característica, hay que señalar que el fascismo fue también la *expresión de una época*. Larsen (2001) señala que el fascismo fue una “propiedad emergente” de las sociedades mundiales al comienzo del siglo XX. No es una característica en sí concluyente y suena bastante genérica pero, con evitar el determinismo funcionalista, es importante tomarla en cuenta porque nos permite entender mejor la variabilidad nacional en el contexto de la fenomenología.

Otro elemento a considerar en fin es el *carácter ecléctico, sincrético y sintético* del fascismo, que implica combinaciones diferentes y lleva obviamente a una notable variabilidad en las manifestaciones y en los resultados en cada contexto.

De este modo, se puede reconocer que el fenómeno fascista se manifestó en formas distintas también fuera de Europa. Puesto que uno de los factores importantes es la influencia europea, el fascismo se puede reconocer especialmente (pero no solo) en el ámbito de la Civilización occidental. Así habría que distinguir la fenomenología fascista en países

de colonización europea y *occidentales* (América, Australia, Sudáfrica), de la que se expresa en países *no-occidentales* (Mundo árabe/islámico, China, Japón, India, Indochina). La cuestión de un fascismo “no occidental”, aunque muy interesante, queda fuera del alcance de este ensayo. Japón especialmente tiene toda una literatura sobre sus versiones peculiares del fascismo y le siguen de cerca el Medio Oriente, China y la India. La recopilación de diversos estudios hecha por Larsen en 2001 proporciona una buena antología de casos.

Finalmente, en ámbito occidental, no se formó ningún régimen fascista extraeuropeo, pero sí hubo movimientos claramente fascistas de alguna importancia sobre todo en América: Legión Plateada, Unión Canadiense de Fascistas, Nacionalsocialismo chileno, Movimiento Nacional Revolucionario boliviano, Integralismo brasileño.

FASCISMO EN AMÉRICA LATINA

América Latina merece más atención en el ámbito de los estudios sobre el fascismo extraeuropeo, más de lo que tradicionalmente se le haya atribuido. Es cierto que hoy el repertorio de investigaciones sobre la difusión del fascismo en América Latina se ha incrementado notablemente y sigue en aumento. Algunas características típicas de los trabajos sobre este tema son:

La *extensión del calificativo “fascismo”* a regímenes militares o autoritarios, grupos ultranacionalistas “de derecha” y en algunos casos (Argentina, Bolivia) al populismo. Inclusión de los movimientos miméticos con los fenómenos más cercanos al fascismo;

1. La tendencia contraria a considerar que no hubo *ningún fascismo* en la región;
2. La *oscilación del enfoque* entre los grupos nativos o la extensión de movimientos/partidos fascistas entre los emigrantes europeos;
3. El uso muy extendido de la palabra f. en el *lenguaje político* (como sinónimo de “autoritario”), especialmente en los ambientes de izquierda;
4. La incertidumbre semántica en relación al *populismo* (que comparte algunas características del fascismo);

5. El uso arbitrario del término “nazifascismo”, que deriva de las polémicas y la propaganda 1938-1945 y no es aceptable como categoría científica;

Estas tendencias pueden llevar a un grado notable de confusión. Roger Griffin por ejemplo denuncia la idea errónea de que Latinoamérica fue «la guarida del fascismo en sus formas más abiertamente contrarrevolucionarias y dictatoriales» (1991, p. 148). Por su lado Payne, además de denunciar estas confusiones, señaló en su momento que *militarismo y fascismo son incompatibles* (PAYNE, 1980). Los datos históricos, en efecto, apuntan a dos hechos fundamentales: los movimientos fascistas no han surgido nunca de los cuarteles, más bien los militares han sido muchas veces los represores o inhibidores de estos movimientos. Esto sucede incluso en Europa (Rumania, España). Otros “falsos amigos” del fascismo fueron precisamente esas oligarquías o élites tradicionalistas que se suelen presentar como las aliadas naturales del fascismo. Éstas lo fueron sólo en determinadas circunstancias, al presentarse el “peligro rojo” u otros factores de inestabilidad que obligaban a cerrar filas ante la percepción de una amenaza a la comunidad nacional.

Al considerar los elementos a favor o en contra de la difusión del fascismo, obtenemos un cuadro con claroscuros más cercano a la realidad. Stanley Payne en su exploración de estos elementos (1999) señala con «la fragilidad o bien la ausencia de un fascismo verdadero en América Latina» y marca los factores de debilidad:

la tasas generalmente baja de movilización política; un retraso más que generacional respecto a los países más atrasados de Europa; el carácter no competitivo del nacionalismo [...]; el control tradicional elitista-patronal de los procedimientos políticos y por lo tanto, la capacidad de los grupos dominantes y menos radicales [...] para reprimir el nacionalismo revolucionario; la composición multirracial de muchas asociaciones latinoamericanas [...]; el predominio político de la casta militar [...] la debilidad de la izquierda revolucionaria [...]; la tendencia de los nacionalistas latinoamericanos después de 1930 a rechazar tanto a Europa como a Norteamérica y orientados bien al nativismo populista o bien a la tradición hispánica; la insuficiencia de la economía social-nacional sindicalista del Estado en países dependientes [...]; el desarrollo, en fin, de un modo característico de nacionalismo radical en la forma de movimientos populistas (PAYNE, 1999, p. 345).

En suma, son muchos los *elementos desfavorables* al fascismo en América Latina. Aquí no hay movimientos de masas impulsados por la clase media, líderes mesiánicos, "religiones políticas" o ideologías palingenésicas y partidos únicos poderosos con líderes carismáticos venerados como superhombres. Tampoco se puede vislumbrar esa difusa atmósfera intelectual voluntarista, vanguardista, soreliana y nietzscheana, atizada por los mitos de la guerra mundial, que constituye la base reactiva para la formación de la filosofía política del fascismo. Sobre todo la ausencia de los efectos provocados por la guerra mundial parece determinante, junto con la débil capacidad de las sociedades latinoamericanas de generar movilizaciones radicales de masas de tipo moderno. Con esto, casi en todos lados las oligarquías tradicionales logran mantenerse en el poder por largo tiempo, inhibiendo la eclosión del fenómeno fascista. A nivel teórico, en fin, el fascismo latinoamericano es notablemente débil, sólo hubo un puñado de intelectuales que se pueden considerar con cierto rigor "fascistas" (Gustavo Barroso, José Riva Agüero, Carlos Keller, posiblemente también Vasconcelos).

Pero también hay *elementos a favor* que se suelen soslayar o subvalorar: la gran influencia que ejercía Europa, la presencia de millones de emigrantes europeos, la crisis del liberalismo decimonónico, la crítica difusa a la democracia parlamentaria, el rechazo a las oligarquías tradicionales, la formación y el avance de una clase media, los impulsos a la modernización nacional, la oposición al imperialismo anglosajón (y la seductora idea de un "nuevo orden" mundial con la "liberación" de muchos países periféricos del imperialismo y un nuevo liderazgo de potencias emergentes), la reacción contra el "peligro" soviético (lejano geográficamente pero visto como un peligro potencial) y la búsqueda de un modelo modernizador alternativo de "tercera vía" enfocado el corporativismo, la integración nacional y la construcción del Estado moderno. Algunas movilizaciones como la Reforma universitaria argentina y la Revolución mexicana además pudieron desempeñar un papel detonador, al incluir amplios sectores sociales en la lucha política moderna.

Como preámbulo y aproximación esquemática para poder estudiar convenientemente la real extensión del fascismo en América Latina sería recomendable, en ámbito académico:

- a. abandonar las *actitudes no-científicas*, polémico-políticas (satanización moral, denuncia, descalificación sectaria; uso de expresiones sacadas de la propaganda bélica; banalización del adjetivo en el uso vulgar);

- b. aplicar un *criterio estricto de rigor* en los contenidos, símbolos y prácticas políticas, en relación con las matrices europeas (aun aceptando las “variaciones regionales”). Restringir el concepto de fascismo a situaciones sometidas a criterios definidos de carácter teórico e histórico y evitar el determinismo funcionalista;
- c. separar analíticamente los *fascismos nativos* de los que promanan directamente de Europa, en el medio de los emigrados;
- d. disminuir la dependencia interpretativa de la *clasificación derecha-izquierda* (que es eurocéntrica, reduccionista y lleva a diluir el fascismo en “las derechas”, si no se reconoce la posición “céntrica” del fascismo). Si aun se quiere mantener esta clasificación, aumentar la sensibilidad a los elementos “de izquierda” del fascismo;
- e. estudiar atentamente los *factores específicos de América Latina* que propiciaron o dificultaron la difusión del fascismo;
- f. indagar en el área “liminal” del fascismo. con el populismo;
- g. aumentar la sensibilidad a los *factores geopolíticos*;
- h. Incluir la *distinción entre “fascismo desde abajo” y “fascismo desde arriba”*, que es útil para explorar influencias fascistas en contextos donde no hay movimientos.

En este contexto la *perspectiva italiana* es especialmente ventajosa para entender la extensión del fascismo en América Latina. Permite entender de dónde se origina una parte de la confusión semántica alrededor del término y ayuda a pensar sobre la relación entre centro y “periferia” en la difusión del fascismo. Además –equilibrando la excesiva atención reservada a la influencia de Alemania y España- permite valorar con más atención los *elementos izquierdistas* del fascismo, que en Italia fueron más notables en momentos recurrentes de la historia del régimen fundado por Mussolini.⁹ Ayuda además a focalizar la atención sobre los *elementos específicos* que propone el fascismo italiano respecto a las demás

⁹ Diversos investigadores, como Bertonha y Trindade, parecen poco dispuestos a tomar en cuenta estos elementos, por consiguiente atribuyen al fascismo latinoamericano en su conjunto una tendencia excesivamente derechista.

variantes: a. *Integración nacional* sin racialismo, más bien enfocada en la historia y la cultura; b. *Construcción del Estado de derecho* moderno; c. *Política social*; d. *Anti-imperialismo* (el de las viejas "plutocracias") y proyecto embrionario de una *comunidad internacional* bajo el signo de la "Latinidad".

Mi argumento es que hubo, además de una lectura pragmática y selectiva del fascismo italiano, un "*juego de ilusiones*" entre Italia y América Latina en los años de entreguerras (SAVARINO, 2009). Además señalo la importancia, junto con la difusión del fascismo entre los emigrados italianos, de la *geopolítica italiana* en la región (SAVARINO, 2006).

No me extenderé más sobre la difusión del "fascismo genérico" en América Latina, porque el objetivo es ahora concentrar la atención en la perspectiva italiana. Para una discusión más articulada sobre fascismo en América Latina remito a los estudios de Stanley Payne, Hélgio Trindade, Ludovico Incisa di Camerana, Joao Fábio Bertonha y los míos.

Por el momento, es suficiente pensar en los elementos específicos del fenómeno en Latinoamérica. Aquí se observa en efecto un conjunto de factores epocales que propiciaban un movimiento general de aproximación hacia formas fascistas. Teniendo en cuenta la característica variabilidad del fascismo (su ideología descansa en la nación o en la estirpe, que son distintos en cada país), han sido propuesta fórmulas como "fascismo de izquierda" (Lipset, Incisa di Camerana) o "fascismo desde arriba" (Torcuato di Tella). Aunque puede ser útil destacar las formas más orientadas a la izquierda del fascismo e incluir conceptualmente una distinción entre impulsos desde arriba y desde abajo, no conviene, sin embargo, crear una categoría *ad hoc* para Latinoamérica. Trindade parece sugerir la utilidad del concepto de "fascismo latino", pero no aporta argumentos convincentes (TRINDADE, 2003). En realidad, las particularidades del fascismo en la región deben remitirse más bien a la variabilidad de fondo del fascismo mismo y, dentro de la dialéctica cultural entre Europa y América, a la *relación entre el modelo original (fascismo italiano) y sus imitaciones o formas homólogas nacidas en la misma coyuntura histórica*.

Esta relación dialéctica es especialmente importante. Tiene que entenderse a partir de una separación conceptual entre cuatro aspectos:

A – la influencia *ideológica* (cercanía/inspiración en las ideas del fascismo);

B – la influencia *política y geopolítica* (contacto directo y peso específico de la Italia de Mussolini a través de su diplomacia, sus organizaciones y su economía);

C – la *simpatía* (atracción más superficial, estética, personal);

D – la relación entre fascismo y populismo.

Además en esta dialéctica es importante destacar cinco elementos:

I – el *filtro* (las ideas y las sugerencias fascistas se “filtran” desde Italia hacia el exterior, generalmente en sentido más conservador y elitista (eliminando en gran medida los elementos izquierdistas, socialistas, modernistas, sindicalistas y futuristas) y pragmático (imitando los aspectos “útiles” del régimen fascista). Un segundo elemento de filtro es el que pasa a través de las formas ibéricas del fascismo (falangismo) o del autoritarismo nacionalista (franquismo, salazarismo);

II – la *reinterpretación* (todo movimiento o tendencia fascista reelabora una versión propia de lo que cree debería ser el fascismo);

III – la *percepción subjetiva* (el reconocimiento y autorreconocimiento de los “fascismos”);

IV – la *propaganda antifascista* (que deforma la imagen del fascismo metiéndolo en un canasto donde cabe todo lo desagradable que se mueve en la derecha política);

V – la *competencia* con otros modelos fascistas (nacionalsocialismo alemán, falangismo) o nacionalistas autoritarios (franquismo, salazarismo).

Estos aspectos de la dialéctica han sido en muchos casos soslayados, lo que lleva demasiado frecuentemente a rubricar el fascismo entre “las derechas”, y aproximarle apresuradamente a fenómenos no-fascistas como las dictaduras militares, los grupos nacionalistas radicales o incluso la ultraderecha católica. Es muy probable que, en general, en la región actúe un filtro y una reinterpretación “derechista” (aunque el lado más “de izquierda” del fascismo también es reconocible en algunos movimientos, regímenes y personajes). Ismael Saz ayuda a esclarecer este punto al señalar que «el fascismo se convirtió en una especie de modelo a adoptar selectivamente por muchos sectores conservadores y reaccionarios, los cuales mantendrían con él una relación de atracción-repulsión, identificación-distanciamiento y alianza-rivalidad» (SAZ, 2002, p. 162).

En cuanto a la *propaganda*, esta fue extremadamente activa y eficaz desde la segunda mitad de los años treinta y llevó en algunos momentos a una verdadera histeria antifascista entre las organizaciones laborales o en círculos gubernamentales (en México), y alcanza niveles de alarmismo exorbitado a finales de la década de los años treinta y durante la guerra, con las denuncias –en gran medida inverosímiles o francamente exageradas– de la presencia de una ubicua “*quinta columna*” fascista en todo el Continente.¹⁰

Con respecto a la *percepción*, fue muy importante pues fueron comunes los casos de no-reconocimiento recíproco, o por un solo lado, entre Italia y los fenómenos fascistas latinoamericanos (SAVARINO, 2009).

Los dos casos que quizás pueden proporcionar los mejores ejemplos están en México: este país desarrolló un régimen populista revolucionario de partido único con varias características en común con el fascismo (aunque derivadas de un desarrollo autónomo). Pero no se reconoció nunca como “fascista” (o inspirado por el fascismo), aunque los italianos estuvieron tentados de hacerlo, al lado de la denuncia de la deriva “bolchevique” que sufría el País. Los supuestos “fascistas” locales, llamados *camisas doradas*, fueron totalmente descalificados por los observadores italianos.¹¹

Volveré más adelante sobre el caso mexicano, que es bastante particular en el ámbito latinoamericano.

ITALIA Y AMÉRICA LATINA

Abordaremos ahora el tema central de este ensayo, comenzando con las percepciones italianas sobre América Latina. Los fascistas italianos heredan un conjunto de ideas y visiones corrientes en Italia y en Europa acerca de Latinoamérica. En pocas palabras América Latina, en general, sería una región:

1. perteneciente a la Civilización occidental en su variante “latina” pero periférica y dependiente de Europa;

¹⁰ Una forma de “paranoia” internacional análoga a la de hoy con la visión de un “terrorismo islámico” acechando en todas partes.

¹¹ Sobre las relaciones italianas-mexicanas en general véase Franco Savarino (2003).

2. aun subdesarrollada económica, cultural y socialmente;
3. caóticamente heterogénea, híbrida, en el aspecto antropológico-racial, con la presencia de elementos humanos "menos desarrollados" o "decaídos" (negros e indios);
4. poco poblada y meta natural de la emigración europea;
5. con estados débiles, poco definidos en términos políticos e institucionales, y en busca de inspiración externa;
6. bajo la amenaza de una hegemonía angloamericana y asiática.¹²

Las manifestaciones políticas autoritarias latinoamericanas llaman naturalmente la atención. Entre los años veinte y treinta el autoritarismo latinoamericano transita de las formas caudillistas decimonónicas a dictaduras más modernas (militares y civiles). Varios dictadores buscan en el fascismo italiano una inspiración superficial (estilo), selectiva y pragmática (militarismo, resurrección nacional, antiimperialismo) sin llegar siquiera a las formas "parafascistas" ibéricas (Salazar, Primo de Rivera, Franco). Algunos intelectuales encuentran, sin duda, una inspiración más sustantiva, además se forman algunos movimientos sedicentes "fascistas" o de apariencia fascista.

Los motivos de estas sugerencias por la Italia fascista son diversos. Las clases dirigentes y los intelectuales ven en el fascismo un recetario para resolver los problemas nacionales y enlazarse con una ideología "de moda" con un futuro que parece entonces promisorio. La oferta de un *modelo político modernizador* (nacionalista, corporativo, movilizador, etc.) capaz de fortalecer las comunidades nacionales, consolidar los estados, proporcionar un esquema económico viable, fortalecer el liderazgo autoritario y proponer además un cambio de equilibrios geopolíticos favorable tanto a las potencias emergentes como a las "periferias" dependientes (que se liberarían de los imperialismos tradicionales) resultaba obviamente atractiva y en sintonía con problemáticas generales y coyunturales (integración nacional, industrialización incipiente, crisis económica, imperialismo "plutocrático", rivalidades regionales, rezagos oligárquicos, debilidades institucionales). La aplicación controlada y *desde arriba* de un "recetario"

¹² Un resumen de las visiones fascistas se encuentra en Oreste Villa (1933). Sobre la perspectiva italiana en general, véase Franco Savarino (2000-2001).

fascista evitaría los riesgos de una movilización fascista desde abajo, que pudiera tornarse peligrosa si se activaran los elementos socialistas del fascismo, llevándolo demasiado hacia la izquierda.¹³

En esta perspectiva *el fascismo es buscado de manera pragmática y utilitarista* (es decir no meramente emocional, idealista o icónica) para solucionar problemas específicos y encontrar una salida. Un interés entonces no por la ideología en sí, sino por los resultados positivos que se esperan del modelo de acuerdo con la lectura y reinterpretación que prevalece en la región. Las clases medias urbanas sienten también este atractivo y además –respondiendo a un impulso similar al europeo– buscan en el fascismo un referente que encaja en la ambición de promoverse como nueva clase dominante, a costa de las viejas oligarquías liberales y evitando el peligro proletario y rural. En fin, era ampliamente difusa una admiración más general y más superficial por la gran cultura italiana y la fascinación por un régimen de éxito y por el propio Mussolini como prototipo de un caudillo “latino” con una gran reputación internacional.

Un punto al cual generalmente se presta poca atención es la oferta de un modelo de *integración nacional*. Existen claros indicios en la literatura de la época de que el fascismo se proponía y era percibido como un esquema de unificación, una fórmula para salir de «la poco clara e indefinible consistencia étnica actual» y para superar «aquellas diferencias de clase que no deberían existir en Naciones en formación y que necesitan una igualdad individual y colectiva» (VILLA, 1933, p. 99), apuntando en cambio –según el modelo fascista italiano– a «una entidad nacional toda armónica, propia, que sea finalmente en la concepción y en la realidad de los hechos un País orgánico y formado, que pueda aportar algo a la comunidad de los pueblos civiles» (VILLA, 1933, p. 102).

EL FASCISMO ITALIANO ANTE LOS “FASCISMOS” LATINOAMERICANOS.

¿Qué opinión se formaron los italianos alrededor de las tendencias “fascistas” en América Latina? Es una pregunta de especial interés para determinar la percepción desde la “cuna histórica” del fascismo hacia los fenómenos epocales parecidos que se iban manifestando en el lejano Continente americano.

¹³ Emblemática es, al respecto, la virada a la izquierda del Nacionalsocialismo (luego “Vanguardia Popular Socialista”) de Chile en 1938.

De acuerdo con las fuentes que conocemos, podemos afirmar que, en general, los italianos (fascistas) percibieron que el fascismo estaba siendo objeto de imitación, sobre todo en sus aspectos autoritarios y anticomunistas. Pero expresaron juicios escépticos o negativos sobre el contenido “fascista” de las dictaduras y los movimientos y personajes simpatizantes o miméticos (SAVARINO, 2009).

La influyente revista *Critica Fascista* en 1937 advierte sus lectores que no hay que entusiasmarse por esas dictaduras y arriesgarse a hacer «de toda la hierba un solo haz». El conde Ciano (Ministro de Relaciones Exteriores y yerno de Mussolini) observó en ese mismo año que:

en todo el Continente hay una tendencia a considerar como “fascistas” a muchas medidas de carácter autoritario que son, en realidad, las acciones de las solitas dictaduras militares o semi-militares características de esos Países [...] para provecho personal [...]. El “Fascismo”, en realidad, todavía no es conocido en sus verdaderas finalidades y en su esencia en el Continente americano. [...] En general, cuando se habla de “fascismo” en Sudamérica se habla de esta o de aquella persona que tiene tendencias políticas de carácter fascista. Todos los demás hombres políticos ignoran casi completamente lo que son la teoría y la praxis fascista.¹⁴

La difusión de las ideas fascistas, en efecto, había sido débil y muy superficial en toda Latinoamérica. Las dictaduras que aparecían y desaparecían no se ajustaban a un perfil fascista y los “hombres fuertes” latinoamericanos no tenían nada en común con Mussolini. Aunque admiraran al Duce y al fascismo, eran demasiado nacionalistas para reconocer deudas a un modelo extranjero o tolerar intromisiones políticas externas. Eran, sobre todo, *demasiado conservadores* para aceptar la componente socialista, populista y revolucionaria del fascismo. De éste tenían, como todo el mundo, una visión parcial y deformada, y a finales de los años treinta prefirieron el franquismo, es decir el autoritarismo militar-conservador anticomunista con estilo fascista.

¹⁴ Ciano a Lojacono, Roma, 26 de abril de 1937 (Documenti Diplomatici Italiani – DDI, s. VIII, vol. 6, 653, doc. 515). Las palabras de Ciano son también reveladora de la dificultad que tenían los fascistas de acomodar en los esquemas europeos los fenómenos políticos característicos de la región, como el populismo. Les resultaba difícil reconocer aquí rasgos familiares en la maraña de formaciones autoritarias y auto-reivindicaciones o imitaciones del modelo italiano con ninguno o escaso espesor ideológico.

Por su lado, el régimen fascista no se inclinaba a aceptar, por principio, el carácter reaccionario de dictadores que eran la expresión de intereses castrenses, oligárquicos y personales, en lugar de ser la manifestación auténtica de las masas nacionales. En la prensa fascista, era frecuente que se dieran "lecciones" a los hombres fuertes latinoamericanos, para «impedir que unos simples reaccionarios o caudillos militares exageraran en atribuirse credenciales ilegítimas de fascismo» (ALBONICO, 1982, p. 43).

Es cierto también que la percepción italiana de la realidad latinoamericana tenía sus limitaciones. Los fascistas italianos tan puntillosos en conceder el título de "fascista" a movimientos y regímenes extranjeros, especialmente si eran de tipo militar, personalista o conservador, no supieron reconocer (o no aceptaron) los fenómenos paralelos (nacional-populismo) o cercanos pero más izquierdistas (al estilo de la APRA) que se manifestaban en la lejanía de las tierras americanas.

El fascismo italiano sí tenía una componente populista, pero el *populismo* como fenómeno político en sentido estricto y completo es en sí una forma política autónoma, es decir, igual que el fascismo es autónomo con respecto al nacionalismo o al socialismo (que son sus dos principales raíces históricas). Autónoma y *contigua*, de aquí las frecuentes confusiones (SAVARINO, 2006). Los fascistas italianos simplemente no supieron detectar el populismo.

El único reconocimiento como "fascista" a un movimiento importante es a la *Ação Integralista Brasileira* (AIB). En este sentido se expresan los diplomáticos, las publicaciones, la prensa y Ciano. Todo lo demás que tiene apariencia fascista sin embargo es visto con escepticismo o rechazado. La documentación del "Ministero degli Affari Esteri" (MAE) es especialmente contundente al respecto. Los movimientos simil-fascistas o reputados como tales, que surgen en muchos países en el transcurso de los años treinta, como el Partido Fascista Argentino (1932), el Movimiento Nacional Socialista de Chile (1932) y la Acción Revolucionaria Mexicanista (1934) suscitan más pesimismo que esperanzas en los observadores italianos.

Sucede lo mismo en todas partes y especialmente en Argentina, donde la vivacidad cultural y penetración popular del nacionalismo y la gran presencia de emigrantes italianos podrían haber creado un ambiente propicio. Aquí en cambio no existe ni un solo partido o movimiento que

obtenga el visto bueno de Roma, ni siquiera juicios positivos o palabras alentadoras.¹⁵ Esto no es solo por razones de oportunidad sino por un juicio negativo de conjunto sobre su fuerza numérica, su coordinación, su uso de la violencia y su consistencia ideológica. Así los supuestos “partidos hermanos” como la Legión Cívica Argentina y el Partido Fascista nunca obtienen un reconocimiento oficial italiano. Un informe diplomático señala (1937) que

los grupos nacionalistas de tendencia fascista son: la “Legión Cívica Argentina” [...]; el “Partido Fascista Argentino”, organización que cuenta pocos inscritos y es dirigida por personas de buena fe pero de escaso nivel y sin prestigio; la “Federación Fascista de la Provincia de Santa Fe” [...]; la “Defensa Social Argentina”, compuesta en su mayoría por funcionarios de policía jubilados, altos oficiales y jueces jubilados [...]; la “Acción Nacionalista Argentina” que tiene su sede en Buenos Aires y Mendoza y un periodiquillo (Aduna) pero entre todo cuenta con menos de mil adherentes y de “acción” solo tiene el nombre. “Restauración” es un nuevo grupo formado en 1937 con muchos buenos propósitos pero ninguna posibilidad de confiar en las personas que lo integran para realizarlos. La agrupación “Nacionalismo argentino” que es un nombre sin sustancia [...]. [... Todas estas organizaciones adolecen] de unida de acción, de coordinación, de desinterés y capacidad organizativa de los jefes, de espíritu de sacrificio y de voluntad de acción de los militantes.¹⁶

En México el panorama es aun más desolador: los movimientos supuestamente fascistas locales (la ARM, la Confederación de la Clase Media y el Partido Social Democrático Mexicano) resultan ser malas imitaciones o meros disfraces de intereses personales o de facciones y el *sinarquismo* –movimiento nacionalista católico de masas inspirado en el falangismo- ni siquiera es tomado en consideración. La disolución de los “Camisas doradas” mexicanos a mediados de 1936 es incluso saludada con alivio en un informe diplomático:

¹⁵ La paradójica situación de Argentina (muchos fermentos nacionalistas pero poco fascismo) es similar a la de Francia donde, al lado de un nacionalismo vivaz y activo, no se manifiesta ningún partido fascista consistente, capaz de tomar el liderazgo de la nación (no lo es el Partido Popular Francés).

¹⁶ ASMAE, AP 1937-40, Situazione Paesi, Quaderni Segreti, *Quaderno n° 5 (Argentina), Situazione politica nel 1937*, p. 9-10.

Quando en el mes de agosto los llamados “Camisas Doradas” [...] que alguien estúpidamente creía incluso poder definir como los Fascistas de México [...] volvieron a llamar la atención [...] el Gobierno procedió tranquilamente a su disolución [...]. Los “Camisas Doradas” desaparecieron sin gloria de la escena política, como sin gloria habían vivido.¹⁷

La situación más paradójica y más confusa se encuentra en Chile donde el Movimiento Nacional Socialista (“nacista”), que inicialmente había dado señales positivas de acercarse al fascismo (con una inspiración más alemana que italiana) en 1938 da un giro inesperado hacia la izquierda apoyando al frente popular:

El “nacismo” que con la proclamación de principios fascistas había logrado atraer un número considerable de adeptos, especialmente entre los jóvenes, ha ido comprometiéndose en las alianzas más híbridas con la extrema izquierda y con la masonería. Fundamentando su acción en la más desenfundada demagogia este partido se proclama hoy fiel a los principios sagrados de la democracia y reniega sus orígenes. Sus jefes afirman que siguen esta vía con un propósito táctico. Pero su poca seriedad no inspira confianza y es poco probable que puedan impedir a sus seguidores precipitar hacia el comunismo hacia donde los empujan.¹⁸

De Chile a México, parece que el fascismo suscita sí entusiasmos, simpatías e intentos imitativos, pero los resultados son pobres, confusos, inciertos. Falta un verdadero entendimiento de lo que es, en esencia, el fascismo. Escribe Mario Da Silva en *Critica Fascista* (1937) que: «en estos “fascismos” [hay] una gran confusión de ideas [...] y, en general, muy poca visión verdaderamente fascista, romana, de la realidad» (1937, p. 46).

En suma los grupos, movimientos y partidos supuestamente “fascistas” o inspirados en el fascismo resultan ser una completa decepción y dejan desconcertados a los observadores italianos. No era posible confiar de ninguna manera en estos sujetos políticos precarios, aproximativos o burdamente miméticos, para extender el radio de acción de la política fascista en la región.

¹⁷ ASMAE, AP 1937-40, Situazione Paesi, Quaderni Segreti, *Quaderno segreto n° 43 (Messico)*, *Situazione politica nel 1935-36*, p. 9.

¹⁸ ASMAE, AP 1937-40, Situazione Paesi, Quaderni Segreti, *Quaderno n° 12 (Cile)*, *Situazione politica nel 1937*, p. 11.

GEOPOLÍTICA ITALIANA EN LATINOAMÉRICA

Si el fascismo no se propaga como un moderno “evangelio” revolucionario en Latinoamérica, existen aquí otros factores favorables para la Italia fascista. Estos se manifiestan en una lectura *geopolítica* de la situación continental.

La ecuación geopolítica latinoamericana para Italia fue variable entre los años veinte y treinta. La premisa es que los ejes geopolíticos principales de expansión italianos eran el Mediterráneo, los Balcanes y África Oriental (en el marco de una visión europea de los equilibrios de poder mundiales), y que el crecimiento de las tensiones internacionales en los años treinta llevaba a una escalada imperialista que involucraba cada vez más las regiones “periféricas”, en vista de un próximo conflicto entre las grandes potencias (Estados Unidos, Rusia, Inglaterra, Alemania, Japón, Francia, Italia).

En este contexto, América Latina adquiere una importancia geoestratégica que descansa en estos puntos:

1 – el reconocimiento de que América Latina, al no ser ocupada por otras potencias coloniales, era un “terreno libre” para el expansionismo no-territorial y no-armado. No habrá nunca planes militares de invasión de la región;

2 – la valoración de los abundantes recursos económicos de la región (materias primas, productos agrícolas, mercados);

3 – la consideración de los intereses de otras potencias en el área: Estados Unidos, Inglaterra, Alemania sobre todo. Los italianos dieron por sentado que el área del Caribe pertenecía a la esfera de influencia norteamericana, por ello esperaban ejercer más influencias en Sudamérica, lidiando con los intereses ingleses y alemanes. Hacia finales de los años treinta, Italia apuntaba claramente a “romper” el bloque panamericano que se estaba formando por las presiones imperialistas de Estados Unidos;

4 – la atención al peso que podría ejercer en los ambientes políticos internacionales (especialmente la Sociedad de las Naciones) la intervención diplomática de veinte repúblicas independientes. Simpatías, intereses comunes, afinidades, llevarían –en los planes italianos- a la formación de un “Eje latino” orientado hacia Roma (SAVARINO, 2006);

5 – la consideración de los elementos desfavorables para Italia (escasa capacidad económica, débil peso político) y favorables (afinidad cultural “latina”, presencia de millones de emigrantes, admiración tradicional por la cultura italiana, prestigio del experimento fascista, surgimientos de dictaduras antiliberales). Los emigrantes fueron considerados atentamente como facto estratégico especialmente en Brasil y Argentina. Las dictaduras fueron vistas como una buena oportunidad para “vender” la receta fascista, ejercer influencias y ganar clientes.

Con base en estas consideraciones se puede detectar:

A – una concentración de esfuerzos hacia Brasil y Argentina, por la mayor influencia que con los emigrantes y la cultura se podía ejercer allí. Las comunidades italianas de Brasil se mostraron sin embargo más receptivas al fascismo que las de Argentina;

B – un primer período en los años veinte enfocado en cuestiones pragmáticas: expansión económica, organización y politización de las comunidades emigradas, propaganda para ganar prestigio. Definición de una política de “*Latinidad*” como complemento cultural de la acción político-económica italiana;

C – un segundo período en los años treinta enfocado más en la política. Conforme las relaciones económicas iban en declive, Italia se dedica más a las relaciones políticas enviando emisarios, misiones militares y propagandistas. Presume y presenta su “tercera vía” fascista en un periodo de crisis, coquetea con intelectuales, movimientos y dictadores atraídos por el fascismo, y solicita apoyo para la expansión imperial en África y el Mediterráneo. Los temas del anticomunismo y el antiyanquismo se acentuaron hacia finales de la década. Este segundo período es donde se define con más precisión una geopolítica italiana y donde se forma una idea de “Eje Latino” en relación a la expansión imperial italiana y ante una próxima redistribución mundial del poder.

En cuanto a los países, resulta evidente que la geografía de la geopolítica italiana no coincide con el “mapa” de difusión del fascismo.

La difusión del fascismo parece concentrarse básicamente en cuatro países: Brasil, Bolivia, Chile y México, donde se manifiestan movimientos o influencias sustantivas en la política nacional (Payne, McGee Deutsh, Trindade, Bertonha, Savarino). Este “mapa” no se superpone exactamente con los intereses geopolíticos de Italia. Los cuatro países mencionados sí caben, pero el interés italiano se extiende a Argentina (que no desarrolla fenómenos fascistas relevantes), Perú,

Ecuador y Venezuela. Otros países reciben meno atención: Uruguay, Colombia. Y otros más son casi ignorados: Paraguay, Centroamérica, Caribe.

Los motivos son diversos: el área norte, con México y el Caribe, es vista ya como un feudo de Estados Unidos. Centroamérica además no llama mucho la atención de Roma. En todos estos países la escasez de emigrantes italianos le quita a Italia un elemento importante de influencia. Además, México con su peculiar nacionalismo revolucionario resulta poco permeable a una influencia política directa.

Más al sur, Venezuela ofrece alguna prospectiva de influencia durante la dictadura de Gómez, mientras Colombia resulta poco abierta a influencias italianas.

Es el *área andina* que atrae más esfuerzos italianos. En Ecuador y Bolivia, los gobiernos piden y obtienen misiones militares italianas. Perú tiene una pequeña pero influyente comunidad italiana e Italia ejerce una notable influencia en el medio intelectual (Riva Agüero, Rebagliati). Pero la influencia del APRA de Haya de La Torre con su perfil populista fascistizante (pero no inspirada en Italia) representa un obstáculo más que una ventaja. Por su lado, los "camisas negras" de la Unión Revolucionaria (que sí se inspiran a modelos italianos) no tienen un impacto de masas. Bolivia, derrotada en la guerra del Chaco, se orienta a formas fascistas con la Falange Socialista y el Movimiento Nacional Revolucionario, que atraen la atención italiana. Chile parece acercarse al fascismo italiano de manera intermitente, además alberga un notable movimiento muy cercano al fascismo (hasta 1938), el nacionalsocialismo chileno.

Mientras en Uruguay la fuerza de las tradiciones demócratas e izquierdistas no ofrece un terreno favorable de expansión, Argentina tiene a la vez una enorme comunidad italiana y fuertes movimientos nacionalistas que fácilmente absorben por imitación elementos fascistas. El Partido Nacional Fascista (1923) y el Partido Fascista Argentino (1932) son esencialmente movimientos de italianos e hijos de italianos. El País es además más avanzado socialmente (urbanización, industrias, proletariado) que otros países. Sin embargo, por la fuerza de las estructuras de poder tradicionales en manos de la oligarquía, Argentina no logra desarrollar un movimiento fascista de masas ni expresa un régimen cercano al de Italia. Uriburu y Justo fueron nacionalistas conservadores. Sólo Perón establecerá finalmente un régimen simil-fascista, pero demasiado tarde

para apoyar a Italia (1945). Brasil en cambio es, a la vez, repleto de emigrantes italianos y es la sede de un movimiento fascista de masas, el Integralismo. Además el régimen de Vargas en un primer momento parece encaminado a imitar al fascismo italiano.

Es importante destacar que ningún país latinoamericano finalmente sale a defender abiertamente a Italia durante la *Guerra de Etiopía*. Las sanciones económicas a Italia fueron aprobadas por todos los países americanos representados en Ginebra (que no incluían a Brasil, Paraguay, Costa Rica y Estados Unidos), aunque la aplicación del castigo fue generalmente blanda, con la excepción de Argentina y, sobre todo, de México, que aplicaron las sanciones de manera más estricta.¹⁹ El apoyo latinoamericano faltó aun más en la Segunda guerra mundial, cuando las presiones de Estados Unidos se volverán irresistibles en toda la región. Desde 1938 el avance del panamericanismo fue imparable y hacía presagiar lo que ocurrirá después de 1941, cuando uno tras otro los países de la región se sumaron a la coalición bélica liderada por Estados Unidos.

En pocas palabras, la política de “Eje latino”, vista en perspectiva, fue un fracaso. No logró pasar la prueba de las crisis que sacudieron los equilibrios internacionales en la segunda mitad de los años treinta. Las dos propuestas específicamente italianas, cultural –la *Latinidad*– y política –el *Fascismo*–, no fueron capaces de convertirse en herramientas eficaces para asegurar la estrategia geopolítica italiana en América Latina. El fascismo además, contrariamente a su éxito relativo en Europa, no logró convertirse en un paradigma político efectivo para los países latinoamericanos, quienes –amén de algunas absorciones selectivas de elementos– prosiguieron su evolución política según trayectorias propias y en muchos casos encontraron en el *populismo* la fórmula más conveniente.

Analizando más en detalle la geopolítica italiana en América Latina, es interesante destacar estos puntos:

1 – Fue más *realista* de lo que se cree. De entrada, parece que Italia tenía una ambición fuera de escala, siendo un país débil, incapaz de competir con las grandes potencias y en condiciones menos favorables que España para explotar la herencia cultural de la *Latinidad*. Sin embargo, aunque ciertamente oportunista y ambiciosa, la política italiana parece haber sido bastante lúcida, flexible y prudente. Reconociendo la debilidad política, económica y militar de Italia, se enfocó en temas culturales. Italia se dedicó a fondo en la propagación del fascismo

¹⁹ Ver Marco Mugnaini (1986) y Franco Savarino (2006).

básicamente entre las comunidades italianas. No apoyó movimientos dudosos, o que no era conveniente fomentar. Reconoció y respetó el área de influencia de Estados Unidos en el Norte y tuvo cuidado con los intereses británicos y alemanes en varios países. Aun reconoció que no se podía exigir demasiados compromisos de las comunidades italianas emigradas, y no cultivó esperanzas excesivas de movilizar masivamente y con éxito a los italo-latinoamericanos.

2 – Por otro lado, fue incapaz de reconocer las *tendencias al populismo* como un fenómeno autónomo, y subvaloró el impulso del nacionalismo nativo (hispano-criollo, mestizo o indigenista).

3 – No logró un *encuentro con la Revolución mexicana*, ni siquiera durante el apogeo de las tendencias fascizantes antes de 1934.

4 – No supo aprovechar la *oportunidad del integralismo* y del varguismo en *Brasil* como trampolín para el resto de Latinoamérica. Tanto Brasil como México se volvieron rápidamente contra Italia en la segunda guerra mundial.

5 – Sufrió la *competencia cultural de España y Portugal*. La “Latinidad” tuvo dificultades para hacerse presente al lado de la “Hispanidad”.

6 – En los años treinta tuvo que *competir* con el *nacionalsocialismo alemán* y la “*democracia*” panamericana de Estados Unidos.

La *Latinidad* fue una carta fundamental para la geopolítica italiana en la región. Tema ya importante para el nacionalismo italiano, significaba el intento de extender hacia América Latina una primacía espiritual universal, que Roma reivindicaba como “madre” de la Civilización Latina. Este objetivo –característico de una política exterior italiana que desde siempre se expresaba con lenguaje de los mitos– implicaba desvincular la mayor área “latina”, es decir América Latina, de las influencias no-latinas (anglosajonas, eslavas y asiáticas) y sobreponerse por encima de las influencias “derivadas”, es decir luso-hispanas. La latinidad se expresaba también como el refugio en la cultura de una política de expansión del fascismo italiano que encontraba límites y obstáculos formidables en otros campos.

La competencia de la latinidad con la cultura ibérica apuntaba a ofrecer, con Roma, una tradición alternativa de espiritualidad más densa de significados con respecto al mero lazo genealógico y lingüístico. Una tradición antigua pero viva, renovada por el fascismo y susceptible de desarrollo en el tiempo presente. La propuesta italiana de latinidad, en

efecto era caracterizada por la posibilidad que "Roma" significara un arraigo tradicional de la modernidad y, por lo mismo, un brío progresista diferente (como alternativa "espiritual") al progresismo "plutocrático" y meramente materialista de Washington y Londres, y a la tradición sin modernidad de Madrid y Lisboa. Los grupos y tendencias "hispanistas" en América Latina, en efecto, tenían generalmente un fuerte matiz conservador y religioso, en consecuencia la *hispanidad* no se podía aprovechar en sentido modernizador. Por otro lado, justamente por este motivo resultaba más próxima a las fuerzas oligárquicas, castrenses y conservadoras que predominaban en la región y fueron atraídas después de 1936 por la España de Franco. Frente a esta ventaja hispánica del lado conservador, Roma ostentaba las buenas relaciones del Régimen con la Iglesia, específicamente los Pactos Lateranenses de 1929 y, más tarde, la defensa del catolicismo contra la República española anticlerical y anticristiana. La latinidad en fin suponía un esquema para la integración nacional, una fórmula para salir de la desordenada configuración cultural, étnica y regional que frenaba el desarrollo de comunidades más civiles y más modernas. La latinidad, en pocas palabras, como estrategia cultural opuesta a la hispanidad conservadora y al panamericanismo económico, podía compensar las debilidades y las insuficiencias de la penetración económica y diplomática de Italia, y los resultados inciertos de la expansión política e ideológica del fascismo.

Aun la latinidad sin embargo tenía dificultad para imponerse. Tenía, en efecto, la debilidad de ser al fin y al cabo la expresión de un imperialismo europeo, por cuanto débil y distante fuera (y sin antecedentes históricos en la región). Esto suscitaba la desconfianza en países que buscaban la construcción y el fortalecimiento de sus identidades nacionales y la defensa de su soberanía. México en particular, considerado «bastión de la latinidad» contra el mundo anglosajón, parecía preferir la búsqueda de sus raíces nacionales en las antiguas civilizaciones precolombinas en lugar de Roma. Con la guerra de Etiopía (1935-1936) no faltarán los temores de un intervencionismo italiano en la región, apoyado en motivaciones culturales análogas –la "misión civilizadora" y la colonización "proletaria"– a las que habían legitimado la fundación del imperio africano de Mussolini. La latinidad italiana además podía resultar incómoda porque relegaba la herencia ibérica a un papel secundario y desechaba las tradiciones indígenas como residuos primitivos y lastres para la Civilización. La primacía de Roma, como mito unificador interétnico y panlatino significaba también descartar los mitos alternativos de unidad continental mestiza nativa, como la "raza cósmica"

de Vasconcelos o el "indoamericanismo" de Haya de la Torre y de Mariátegui. Después de su estancia de tres años en Italia, José Carlos Mariátegui retoma las críticas al latinismo de Vasconcelos y concluye: «no somos latinos y no tenemos ningún parentesco con Roma» (MARIÁTEGUI, 1973, p. 154).

El proyecto político-cultural de la latinidad era fundado entonces sobre bases precarias al no poseer un apoyo político suficiente, y era expuesto a competencia, hostilidad e incomprensiones. A partir de mediados de los años treinta la latinidad, reducida a «un ideal que se está hundiendo paulatinamente» (BIZZARRI, 1940, p. 372-373) más no abandonado aun por la propaganda italiana, se enfrentará sobre todo al progreso de la idea panamericana, expresión de la creciente potencia geopolítica de Estados Unidos en América Latina.

En este panorama incierto, los dos países emblemáticos en la geografía de la geopolítica latinoamericana del fascismo son México y Brasil.

México es visto como un "bastión latino" contra la penetración norteamericana hacia el sur. Brasil es considerado un laboratorio y una gran plataforma para la difusión del fascismo en toda Latinoamérica.

El *integralismo* suscita esperanzas porque es el único verdadero movimiento de masas con características claramente fascistas de toda Latinoamérica. Es inspirado además directamente por el fascismo italiano. Sus elementos simbólico-rituales sugieren afinidad con el aspecto de "religión política" del fascismo, además su ideología es bien desarrollada, expresa una idea de "hombre nuevo" y de renovación palingenésica de la nación en línea con las definiciones de "fascismo" de Gentile y de Griffin. Un informe secreto del MAE en 1937 describe el «Partido Integralista» como

inspirado en los ideales del Fascismo con la guía de un hombre y un Directorio de gran valor intelectual y moral, pero desgraciadamente faltos del don de la decisión y del sentido de la oportunidad, listos para atreverse [a actuar] cuando ya no venía al caso e incapaces de osar por poco que fuera el caso.²⁰

²⁰ ASMAE, Affari Politici (AP), Situazione Paesi, *Quaderni Segreti, Quaderno n° 9 (Brasile)*. Situazione politica nel 1937, p. 2.

El conde Ciano, por su lado, considera el Integralismo brasileño como «la primera expresión seria en el Continente americano de un movimiento inspirado en los principios del fascismo», aunque también critica la inmadurez y la incapacidad política del mismo.²¹ El fracaso de la AIB en 1937, y el giro autoritario no-fascista del régimen de Vargas, serán una gran decepción para Italia. Desde 1938 se revela el peor de los escenarios posibles: en lugar de realizarse la esperada alianza Vargas-AIB, el primero elimina la segunda y rechaza avanzar más hacia el fascismo, terminando en la órbita de influencia norteamericana.

No trataré aquí más en detalle el caso brasileño. Remito a los estudios detallados de Trindade (1979; 2003) y Bertonha (2001; 2008). Concluyo, en cambio, con algunas consideraciones más pormenorizadas sobre el caso mexicano.

MÉXICO E ITALIA

En la geopolítica italiana México fue importante por su posición geográfica, sus recursos económicos y su peculiar desarrollo político. La colindancia con Estados Unidos volvía México la pieza central de la línea de defensa latinoamericana contra el expansionismo anglosajón. Los recursos económicos abundantes, especialmente el petróleo, hacían de México un objetivo privilegiado para obtener los materiales estratégicos necesarios para el desarrollo nacional y el expansionismo imperial. En fin, la Revolución mexicana suponía un reto y un enigma por sus tendencias nacionalistas, socialistas y democráticas entremezcladas en una combinación sui géneris que podía sugerir evoluciones ya sea hacia el comunismo, o bien hacia el fascismo (SAVARINO, 2002).

Las tendencias fascistas en México fueron reconocidas tempranamente y son claramente detectables pero, al contrario de lo que parece aun creer la mayoría de los investigadores, para encontrar “fascismo” en el país no hay que buscar necesariamente entre los grupos y movimientos de oposición “de derecha” y antirrevolucionarios.

El “*Partido Fascista Mexicano*” fundado en 1922 y disuelto un año después, fue nada más un pequeño grupo mimético surgido tras el revuelo que causó la toma del poder de Mussolini en Italia, pero no tuvo

²¹ Ciano a Lojacono, Roma, 26 de abril 1937 (DDI, s. VIII, Vol. 6, 649-654, doc. 515).

ningún elemento auténtico de fascismo, al ser nada más conservador y anticomunista.

Los “*cristeros*” de los años veinte eran campesinos católicos tradicionalistas muy distantes de cualquier sensibilidad o estilo fascista. En la década de los treinta ni los Sinarquistas (*Unión Nacional Sinarquista – UNS*, 1937), ni los “*Camisas doradas*” (*Acción Revolucionaria Mexicanista – ARM*, 1934) fueron fascistas. Los Sinarquistas, como se sabe, fueron un gran movimiento de masas rural, católico y anticomunista, inspirado en cierta medida en la falange española, pero auténticamente mexicano. Católico, pacifista, civilista, sin objetivos dictatoriales y poco modernizador, difícilmente podría ser asimilado a un fascismo, ni siquiera en el aspecto imitativo.

Los “*Camisas doradas*” por su lado fueron un grupo muy pequeño surgido básicamente como fuerza de choque patrocinada discretamente por el Gobierno para mantener a la raya las organizaciones laborales de izquierda. A pesar del nombre y del estilo fascizante, tuvieron poco o nada que ver con el fascismo. Sin calado ideológico, sin fuerza de arrastre entre las masas, sin liderazgo carismático, eran demasiado derechistas y elitistas para ser fascistas. Así lo entendieron los observadores italianos, que se expresaron siempre con mucho desprecio hacia los *camisas doradas* y su fundador Nicolás Rodríguez. Aquí sin duda estamos frente a un caso de mimetismo con un “filtro” tan estricto, que el “fascismo” se manifestó en influencias totalmente superficiales.

Algo más fascista se puede rastrear en grupos pequeños como la “Confederación de la Clase Media”, la “Unión Nacional de Veteranos de la Revolución” y el “Partido Socialdemócrata Mexicano”, pero éstos no tuvieron ninguna presencia significativa.

¿Dónde hubo fascismo entonces? En tres espacios: la comunidad italiana, el medio intelectual y estudiantil, y el propio Gobierno mexicano.

Entre italianos el fascismo penetró con mucho éxito, sin causar fracturas y dejando al margen un puñado de antifascistas intransigentes (antes Nanni Leone Castelli, más tarde Francesco Frola). La comunidad italiana en México era pequeña, no alcanzaba las diez mil personas incluyendo a los hijos de italianos. Tenía la misma consistencia numérica de la de Perú, pero no la influencia social y económica de aquella. Concentrados en las urbes, en algunas grandes haciendas provincianas y en dos colonias rurales, los italianos aprovecharon la llegada del fascismo para compactarse como comunidad, reforzar su identidad y elevar su

orgullo nacional (SAVARIVO, 2002b). Especialmente exitoso fue el caso de Chipilo (cerca de Puebla), una aldea agrícola alabada por los visitantes italianos desde 1924 como el mejor ejemplo de colonia italiana en América Latina (SAVARINO, 2006b). Desde 1927 el gobierno mexicano permitió que los italianos se organizaran alrededor de nueve *fasci all'estero* en México, porque éstos no representaban un peligro para el país.

Entre los mexicanos, el fascismo tuvo cierta difusión aunque a través de un "filtro" ibérico y al lado de las fuertes influencias hispanistas, que deformaban el f. en sentido conservador. Aun así, la difusión de ideas y tendencias fascistas fue notable especialmente entre los estudiantes universitarios (hacia 1939-1940 una encuesta norteamericana detecta una enorme simpatía por el fascismo entre los estudiantes de la Universidad Nacional) (ORTIZ GARZA, 2007) y entre algunos periodistas e intelectuales, especialmente en dos: el escritor (y político) José Vasconcelos y el artista Gerardo Murillo.

El "fascismo" de Vasconcelos es una derivación coherente de su revolucionarismo cultural opuesto al mundo cosmopolita y materialista dominado por los anglosajones. El enlace es la propuesta fascista de acabar con este predominio, al buscar un nuevo orden mundial sobre los valores del espíritu, la voluntad y la excelencia. Esta evolución intelectual de Vasconcelos se vuelve más perceptible después de 1929, cuando la desilusión por su derrota electoral (compite sin éxito en las elecciones nacionales) lo empuja hacia posiciones más críticas y más pesimistas y radicaliza sus ideas de palingenesis político-cultural. Quien, en su viaje a Italia (1924) había observado con escepticismo la revolución fascista y el resurgimiento de Roma y en 1925 había exaltado la "raza cósmica" con un marcado acento cosmopolita, en los años treinta mira con simpatía al fascismo. En 1936, Vasconcelos escribe: «quien no se deje inspirar con orgullo por esta nueva Italia [fascista] no es digno de pertenecer a la civilización Latina» (p. 91). Durante la guerra Vasconcelos será partidario del Eje y director de una revista pro-alemana (Timón). No es de extrañar que haya terminado su carrera política apoyando a Hitler pues ya desde 1925 se percibe en su "Raza cósmica" una sensibilidad a los temas raciales que lo preparará más tarde para entrar más en sintonía con el nacionalsocialismo alemán que con el fascismo italiano. El "mestizo" idealizado por el Vasconcelos joven es, en cierta medida, el equivalente latinoamericano del "Ario" idealizado por Rosenberg. Además aquí juega un factor geopolítico: para derrotar a los anglosajones la poderosa Alemania está sin duda mejor dotada que la más débil Italia.

Gerardo Murillo ("Dr. Atl") proviene del socialismo y recorre esta misma ruta soreliana y hereje que había llevado Mussolini del socialismo clásico al socialismo nacional. Hacia finales de los años veinte Murillo ve en el fascismo italiano una fuerza espiritual y cultural capaz de derribar la hegemonía anglosajona y fundar una nueva civilización humanista con un renovado brío vital. Sus artículos en la prensa expresan una franca admiración por Mussolini (serán publicados por el *fascio* de México) y, a la vez, un desprecio visceral por las finanzas internacionales controladas por los anglosajones y los judíos. El antisemitismo se vuelve para Murillo un tema obsesivo, pero el artista al final no da el brinco a apoyar francamente a Hitler, por la presión de las leyes de guerra.

En fin hay que considerar la influencia italiana en general en el medio artístico, visible por ejemplo en la filiación futurista de la vanguardia mexicana llamada "Estridentismo" (iniciada en 1921). Además, la influencia que ejercían los intelectuales mexicanos en otros países, y el hecho que Haya de La Torre funda el APRA en México (1924), en este ambiente intelectual rico en fermentos modernistas que tienden tanto al fascismo como al comunismo.

En cuanto al Gobierno mexicano ya Stanley Payne (1980) había señalado las influencias fascistas durante los años treinta. Desde 1925 en efecto el Gobierno mexicano manifestó algunas tendencias fascistas –que incluían una inspiración no declarada en los modelos italianos- que llegaron a su apogeo durante los últimos años del "Maximato" (el predominio político de Plutarco Elías Calles, 1929-1934) y durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1935-1940), quien compensaba el índole "fascista" izquierdista de su régimen con una retórica socialista y una posición internacional antifascista. Estado fuerte, anticlericalismo, corporativismo, nacionalismo son aquí elementos muy bien reconocibles.

A este punto algunos podrían preguntarse cómo es posible que México, considerado tradicionalmente un bastión semisocialista, tendiera durante esos años hacia el fascismo.

La respuesta hay que buscarla en un evento peculiar de la historia mexicana, la revolución nacional de 1910. La *Revolución mexicana* fue una de las primeras revoluciones nacionales del siglo XX, contemporánea de la China, además fue la primera en América Latina. Tuvo varias fases y una dinámica compleja, que no se puede resumir aquí.²² Es suficiente

²² Hay una cantidad inmensa de estudios sobre la revolución mexicana. Aquí señalo solamente uno como referencia: Jean Meyer (1991).

señalar que, de una fase inicial demócrata-liberal (Madero) evolucionó hacia un radicalismo social que incluía aportes comunitario-traditionalistas (Zapata), populistas (Villa) y nacionalistas (Carranza, Obregón), con influencias también socialistas (Carrillo Puerto, Mújica). Al no elaborar nunca una ideología propia, la revolución mexicana se mantuvo “fluida” y siempre fue expuesta a las influencias externas, de aquí que fuera considerada “maleable”. Por ello las denuncias de que tendía al “bolchevismo” o, más tarde, al “fascismo”.

México es justamente un caso típico en donde se reconoce la tendencia “epocal” y “emergente” hacia el fascismo. Tendencias fascistas surgen tempranamente desde la misma combinación de impulsos nacionalistas y socialistas, pero abortan sin llegar a la forma completa, porque la revolución parte “demasiado” temprano (1910), porque los Gobiernos son ante todo nacionalistas (es decir, no quieren reconocer influencias y deudas ideológicas externas, y no pretenden que la revolución sea “universal”) y llegan a depender mucho de las organizaciones obreras (CROM y CTM). El Estado posrevolucionario es además muy “incluyente”, absorbe sectores conservadores e izquierdistas, moviéndose entre diversas tendencias. En fin, porque en la segunda mitad de los años treinta el país se vincula más estrechamente a Estados Unidos en el marco de la “buena vecindad”, lo que significa que no tiene la “libertad” de escoger soluciones políticas radicales, ya fueran comunistas o fascistas. De aquí el antifascismo oficial, que encubre la tendencia estructural hacia el fascismo.

Esta se expresa en el Estado fuerte, el nacionalismo radical, el anti-yanquismo (que persiste en el nivel popular, aun después del acercamiento con Estados Unidos), el corporativismo (adoptado independientemente, aunque retroalimentado con el ejemplo de Italia), el partido único, el liderazgo carismático de Obregón, Elías Calles y Cárdenas, el apoyo oficial a las vanguardias culturales (el futurismo mexicano, el “Estridentismo”, fundado por Maples Arce en 1921 fue apoyado oficialmente, como sucedía en Italia con el movimiento fundado por Marinetti) y la promoción de un modernismo artístico, arquitectónico y literario con funciones simbólico-pedagógicas para las masas (el *muralismo* principalmente). No faltan además tendencias eugenésicas y racialistas, expresadas en una idealización de la “raza mexicana” y el rechazo a los inmigrantes asiáticos.

Estos elementos, examinados en conjunto, conforman una experiencia única en América Latina. El impulso revolucionario

modernista, la movilización de las masas, el nacionalismo radical integrador y anti-imperialista son elementos que, en esa época, no se encuentran en otras partes del Continente americano. México además al concluirse la fase armada de la revolución es visto y funciona efectivamente como un *laboratorio*, donde se experimentan reformas sociales (ejido), económicas (nacionalización de los ferrocarriles y del petróleo), políticas (estado social) y culturales (nacionalismo artístico, educación, feminismo) muy avanzadas.

En el aspecto político, suscitó interés el arranque –después del asesinato de Obregón (1928)- del proceso de institucionalización de la revolución llevado a cabo por el “Jefe Máximo” Plutarco Elías Calles. Éste se orientó hacia un sistema corporativo de partido único –el Partido Nacional Revolucionario (1929)- que tenía diversos puntos en común con el fascismo, hecho que no pasó desapercibido en Italia . El PNR (más tarde PRM y en fin PRI) en el transcurso de los años treinta llegó a parecerse en ciertos aspecto al “Partito Nazionale Fascista” (PNF) italiano, especialmente en su estructura dependiente de un liderazgo central fuerte, en la ideología corporativa y nacional-populista y en su función de enlace orgánico entre la base popular y la nueva clase dirigente posrevolucionaria.

Impulsos más claros hacia las formas fascistas se detectan en las franjas marginales del País, en el Norte y en el área del Golfo de México. En el Estado de Sonora el gobernador Rodolfo Elías Calles (1931-1935), hijo mayor del general Plutarco Elías Calles, implementa un programa eugenésico para “limpiar” el Estado de los inmigrantes chinos, apuntando a “conservar la pureza de la raza mexicana”. José Ángel Espinoza, (uno de los líderes de los Comités Pro-raza, que denunciaban el “peligro amarillo”), publicó dos libros: “El problema chino en México” y “El ejemplo de Sonora”. El primero de estos trataba de demostrar la inferioridad de “la raza china”, al tiempo que pretendía mostrar las supuestas atrocidades cometidas por los asiáticos en contra de los mexicanos; por su parte, el segundo era una gran alabanza a Plutarco y Rodolfo Elías Calles, cuyas leyes destruían a los chinos y salvaban la “pureza racial” de los mexicanos. El trato persecutorio que se le dio a los chinos en el marco de una retórica racialista evoca naturalmente la situación en Alemania con la llegada al poder del nacionalsocialismo.

En el Estado de Tabasco el gobernador Garrido Canabal (1923-1926 y 1939-1934) se acerca aun más a formas fascistas al formar una milicia de “camisas rojas” y con su programa modernista revolucionario

enfocado en el nacionalismo y el anticlericalismo. La persecución anticlerical estilo SA de los "camisas rojas" y la intensa propaganda y acción de adoctrinamiento y encuadramiento de las masas, evocan las experiencias europeas. Garrido Canabal fue uno de los hombres más fieles a Plutarco Elías Calles y llevó sus "camisas rojas" al Distrito Federal cuando fue nombrado Ministro de Agricultura en 1934.

Tendencias tempranas a un socialismo nacional se habían manifestado antes en Yucatán durante el gobierno de Felipe Carrillo Puerto (1922-1923). Líder del Partido Socialista del Sureste, Carrillo Puerto había organizado los trabajadores en "Ligas de Resistencia" e implementado un programa radical de reformas sociales y educativas, con elementos nacionalistas y socialistas, haciendo énfasis en la gran herencia de la Civilización Maya para estimular el orgullo histórico-cultural del pueblo de Yucatán. Fiel partidario de Elías Calles, Carrillo Puerto fue asesinado durante la rebelión militar de 1923. Con él se acabó una forma temprana de combinación social-nacionalista que emergía con la misma fórmula básica del fascismo italiano de los primeros años veinte.

Con la subida al poder de Cárdenas en 1934, los elementos "fascistas" en ámbito federal y regional que eran demasiado evidentes, fueron balanceados y ocultados con la retórica y la acción internacional antifascista (condena a Italia por Etiopía, apoyo a los republicanos en la Guerra civil española) y la movilización de los trabajadores afiliados a la CTM, cuyo jefe Vicente Lombardo Toledano era declaradamente pro-soviético. Aun bajo la administración cardenista, se señala la presencia de gobernadores con estilos "fascistas", como Román Yocupicio en Sonora (1937-1939), de origen indio Mayo, apodado por sus adversarios como "el Mussolini de México", líder carismático nacionalista anti-yanqui y antisemita, quien se apoyó en la "Unión Nacional de Veteranos de la Revolución" (en 1938 será uno de los precandidatos del PRM a la Presidencia). Y políticos con claras simpatías por el fascismo, como los generales Saturnino Cedillo y Juan Andrew Almazán (aunque hay que decir que la acusación de ser pro-fascista, formaba parte de la retórica política de finales de los años treinta).

Pero es el viraje "a la derecha" del propio Cárdenas desde 1938, y aun más de Ávila Camacho en 1940, que manifiesta no solamente la capacidad de presión de las fuerzas "derechistas", sino el peso que tenían los elementos fascistizantes en el régimen posrevolucionario mexicano (SHERMAN, 1997). Después de la guerra éste mantiene algunas características del fascismo (partido único, liderazgo fuerte,

corporativismo, nacionalismo). Pero al desaparecer la influencia y el prestigio del modelo fascista en 1945, asume más claramente las formas del populismo.

Por su lado, los italianos habían detectado estas similitudes y estos acercamientos. Habían notado la atracción que ejercía el fascismo entre los intelectuales, en los políticos y en la clase media atemorizada por la deriva del Gobierno revolucionario hacia el socialismo. Se ilusionaron, en cierto momento, sobre la posible fuerza de presión de la opinión pública pro-fascista y se enteraron que el Gobierno mexicano realizaba con discreción un intenso acopio de información sobre el Fascismo. Pero nunca tuvieron expectativas realistas de que Elías Calles o Cárdenas avanzaran abiertamente hacia un modelo fascista. Además, no valoraron las formas fascistas de tendencia más izquierdista que emergían especialmente en ámbito regional. Sin embargo, escudriñando entre de las incertidumbres y las críticas italianas, se percibe también respeto y aun admiración por la revolución nacional de México. Un escritor fascista que visitó el país en 1928, Mario Appellius, dejó un relato benigno del México revolucionario, donde exalta su energía vital, sus esfuerzos grandiosos para forjar la nación y su heroica resistencia al imperialismo yanqui (APPELIUS, 1933).

La estrategia italiana en México apuntó a proteger a la comunidad italiana, hacer negocios con el Gobierno, vigilar el ambiente antifascista de los expatriados e intelectuales, promocionar la ideología y el régimen de Mussolini, con la esperanza que el País se dejara inspirar más sustantivamente en el ejemplo italiano, aun sin llegar abiertamente al modelo fascista. Al final, lo que Roma auspiciaba era que México siguiera neutral y sólido como nación, para seguir desempeñando su función de "bastión" latino, que dificultaría la penetración imperialista *yanqui* hacia el sur. Por ello estuvieron siempre atentos a los factores de estabilidad y de fuerza (nacionalismo, catolicismo, estado), más que de desestabilización.

En fin, por todos los elementos señalados arriba, los investigadores del fenómeno fascista en América Latina deberían prestarle más atención el caso mexicano, pues proporciona un punto de vista privilegiado para entender el fenómeno y ayuda a esclarecer algunas de sus características más importantes.

REFERÊNCIAS

- ALBONICO, Aldo. Immagine e destino delle comunità italiane in America latina attraverso la stampa fascista degli anni trenta. *Studi Emigrazione*, vol. XIX, n. 65, p. 41-51, mar. 1982.
- APPELIUS, Mario. *L'Aquila di Chapultepec*. Milano: Mondadori, 1933.
- BERTONHA, João Fábio. *O Fascismo e os imigrantes italianos no Brasil*. Porto Alegre: EDIPUCRS, 2001.
- BERTONHA, João Fábio. *Sobre a Direita*. Estudos sobre o fascismo, o nazismo e o integralismo. Maringá: Eduem, 2008.
- BIZZARRI, Aldo. America «Latina»? *Critica Fascista*, anno XVIII, n. 22, p. 372-373, set. 1940.
- CAMPI, Alessandro (coord.). *Che cos'è il fascismo?* Interpretazioni e prospettive di ricerca. Roma: Ideazione, 2003.
- CUZZI, Mario. L'internazionale delle camicie nere. I CAUR 1933-1939. Milano: Mursia, 2005.
- DA SILVA, Mario 'Fascismi' latino-america. *Critica Fascista*. Anno XVI, n. 3, p. 44-47, dic. 1937.
- DE FELICE, Renzo. *Il Fascismo*. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici. Roma/Bari, Laterza, 1998.
- EATWELL, Roger. *Fascism. A History*. New York: Penguin Books, 1996.
- GENTILE, Emilio. *Fascismo*. Historia e interpretación. Madrid: Alianza Editorial, 2004.
- GREGOR, James. *Il Fascismo*. Intepretazioni e giudizi. Roma: Pellicani, 1997.
- GREGOR, James. *Mussolini's Intellectuals: Fascist Social and Political Thought*. Princeton: Princeton University Press, 2005.
- GREGOR, James. *The Search for Neofascism*. The Use and Abuse of Social Science. New York: Cambridge University Press, 2006.
- GRIFFIN, Roger. The Primacy of Culture: The Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies. *Journal of Contemporary History*, vol. 37, n 1, pp. 21-43, jan. 2002.

- GRIFFIN, Roger. *International Fascism. Theories, Causes and New Consensus*. London: Arnold, 1998.
- GRIFFIN, Roger. *The Nature of Fascism*. New York: Routledge, 1991.
- JORDACHI, Constantin, *Comparative Fascist Studies*. New Perspectives. London: Routledge, 2009.
- MARIATEGUI, José Carlos. *Lettere dall'Italia ed altri scritti*. Roma: Editori Riuniti, 1973.
- MELLON, Joan Antonio (coord.). *Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea*. Madrid: Tecnos, 2002.
- MEYER, Jean. *La revolución mexicana*. México: JUS, 1991.
- MOSSE, George (coord.). *International Fascism. New Thoughts and New Approaches*. London: Sage, 1979.
- MOSSE, George. Fascism and French Revolution. *Journal of Contemporary History*, vol. 24, n. 1, p. 5-26, jan. 1989.
- MOSSE, George. *The Fascist Revolution. Toward a General Theory of Fascism*. New York: Howard Fertig, 1999.
- MUGNAINI, Marco. L'Italia e l'America latina (1930-1936): alcuni aspetti della politica estera fascista. *Storia delle Relazioni Internazionali*, v.2, n. 2, p. 199-244, 1986.
- ORTIZ GARZA, José Luís. *Ideas en tormenta*. La opinión pública en México en la Segunda guerra mundial. México: Ediciones Ruz, 2007.
- PAYNE, Stanley G. *Fascism. Comparison and definition*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1980.
- PAYNE, Stanley G. *Il fascismo*. Roma: Newton, 1999.
- SAVARINO, Franco et al. (coords.). *Diálogos entre la historia social y la historia cultural*. México: INAH-AHCALC, 2005.
- SAVARINO, Franco. Apuntes sobre el fascismo italiano en América Latina (1922-1940). *Reflejos*, n. 9, p. 100-110, 2000-2001
- SAVARINO, Franco Bajo el signo del «Littorio». La comunidad italiana en México y el fascismo (1924-1941). *Revista Mexicana de Sociología*, LXIV, n. 2, p. 113-139, abr. jun. 2002b.

- SAVARINO, Franco. En busca de un "eje" latino: la política latinoamericana de Italia entre las dos guerras mundiales. *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos A. Segreti*. p.239-261, 2006.
- SAVARINO, Franco. Juego de Ilusiones. Brasil, México y los "fascismos" latinoamericanos frente al fascismo italiano. *Historia Crítica*, n.37, p.121-147, ene. abr. 2009.
- SAVARINO, Franco. Populismo: perspectivas europeas y latinoamericanas. *Espiral*, vol. XIII, n. 37, p. 77-94, sep. dic. 2006.
- SAVARINO, Franco. The Sentinel of the Bravo. Italian Fascism in Mexico, 1922-35. In: SORENSEN, Gert; MALLETT, Robert (coords.) *International Fascism 1919-45*. London/Portland: Frank Cass, 2002. p. 97-120.
- SAVARINO, Franco. *México e Italia*. Política y diplomacia en la época del fascismo, 1922-1942. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2003.
- SAVARINO, Franco. Un pueblo entre dos patrias. Mito, historia e identidad en Chipilo, Puebla (1912-1943). *Cuicuilco*, vol. 13, n. 34, p. 277-291, ene. abr. 2006b.
- SHERMAN, John W. *The Mexican Right*. Westport/Conn: Praeger, 1997.
- STERNHELL, Zeev. *El nacimiento de la ideología fascista*. Madrid: Siglo XXI, 1994.
- TRINDADE, Hélgio. *Integralismo*. O fascismo brasileiro na década de 30. Río de Janeiro: Difel, 1979.
- UGELVIK LARSEN, Stein (coord.). *Fascism Outside Europe*. New York: Columbia University Press, 2001.
- VASCONCELOS, José. *¿Que es el Comunismo?*. México: Ediciones Botas, 1936.
- Villa, Oreste. *L'America Latina, problema fascista*. Roma: Nuova Europa, 1933.